

PENITENCIA Y ORACION

Un Carmelita Descalzo

1984

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34 - Sevilla-3

Con licencia eclesiástica

ISBN 84-365-2319-9

D.L. B-10291-84

Impreso en E.S.G., S.A.

Lisboa, 13 - Barberá del Vallés

(Barcelona)

Printed in Spain

Impreso en España

INTRODUCCION

Las aves para poder volar necesitan las dos alas; la que no disponga de alas no podrá levantarse de la tierra.

Asimismo los cristianos para despegarnos de las cosas de este mundo y elevarnos a las cumbres evangélicas necesitamos de las alas de la oración y la penitencia, sin las cuales nos sería del todo imposible levantarnos un centímetro del suelo.

Así como los Mandamientos de la Ley de Dios son diez, pero todos se resumen en dos: «amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a nosotros mismos», del mismo modo las virtudes necesarias para ser perfecto son muchas, pero la penitencia y la oración son el fundamento y la base de todas las otras, y quien se descuide en estas dos virtudes no podrá adquirir ninguna otra.

«Sin oración no hay salvación»: Esta frase era un dogma para los Santos. Y sin penitencia no puede haber oración; porque la oración perseverante es una de las más grandes penitencias.

Sin oración no hay luz, y las verdades que han de movernos a la virtud se ven de una forma tan oscura, imperfecta y confusa que no pueden hacer en nosotros la necesaria fuerza para mover nuestra voluntad a desearlas. «En la oración, decía Santa Terésa, es donde se consigue la viveza de los deseos, las firmes resoluciones, el comenzar a aborrecer el mundo, el

ver muy claro su vanidad». Pero sin oración todo se ve tan imperfectamente que no acabamos de decidirnos a nada. Por eso los santos la practicaron y la recomendaron tanto que no hay cosa que nos inculcaran con tanta insistencia como la práctica de esta virtud; y cada uno de nosotros podrá comprobar por propia experiencia que sólo por ella hemos conseguido la poca virtud que poseamos y el poco conocimiento de la verdad que tengamos. Pues ¿por qué muchos de nosotros nos empeñamos en querer ser almas virtuosas y de mucha caridad al tiempo que descuidamos la oración, único medio por donde podremos conseguir todo lo demás?

Algunos dicen: «No tengo tiempo para hacer oración: tengo otras muchas cosas que hacer y mis obligaciones me lo impiden.» ¿Pero es que puedes hacer algo útil y provechoso descuidando la oración? Sin oración no puedes conocer a Dios, y sin conocerlo no lo amarás. ¿Hay algo más importante que amar a Dios?

A Jesucristo «todos le andaban buscando» (Lc. 4 y 6) para que los socorriese en sus necesidades y para que les enseñase su doctrina, y, sin embargo, Él se «retiraba a los sitios solitarios para hacer oración» (Mc. 1, 35-38). Acaso lo que tú tienes que hacer es más importante que lo que hacía Cristo, que tienes que dejar la oración? Pero no: no es este el motivo de que descuides la oración. El principal motivo de que tú descuides la oración ¿no es por el trabajo que te cuesta concentrarse para hablar con un Dios que no ves ni lo sientes cerca de tí? Ciertamente supone un acto de fe muy grande para estar largo rato conversando con Aquel que no vemos ni sentimos que nos oiga; pero Él lo dijo y sus palabras no pueden faltar: «Mas

tú cuando ores, entra en tu aposento y cerrada la puerta ora a tu Padre en secreto y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará». (Mt. 6, 6). «Bienaventurados los que sin haber visto creyeren.» (Jn., 19, 28).

I

LA PENITENCIA ES NECESARIA

Necesidad de la mortificación

La mortificación y la penitencia no se pueden mirar ni explicar bajo un aspecto puramente humano y natural. Abrazar el dolor por el dolor es contra la naturaleza. El ser humano —y aun todos los seres vivos— teme el dolor y lo huye. Hasta las plantas lloran con lágrimas de savia, que es su alma, los golpes o incisiones que reciben. No hay explicación convincente natural para la existencia del dolor. Sólo lo enseña la fe y es sobrenatural.

El hombre ha sido criado para la felicidad de todo el ser, y el cuerpo anhela el regalo y busca la comodidad y bienestar. También el cuerpo ha sido criado para la felicidad y no puede dejar de desearla y buscarla, y la felicidad del cuerpo como cuerpo está en el gusto de los sentidos y en el regalo y bienestar. Los árboles y las plantas se inclinan buscando la caricia del sol y de la luz y a su contacto reciben color. El cuerpo se inclina hacia la delicia y gusta de lo agradable y cómodo.

Pero la mortificación y la penitencia son necesarias en esta vida para conservarse en la gracia y para el desarrollo de la vida espiritual, y lo son mucho más para el triunfo del amor de Dios y la unión de amor con Dios.

Errores contra la penitencia

En estos nuestros días se está recibiendo y haciendo propaganda, hasta por hombres que se dicen estar consagrados a Dios y ser ministros de Dios y abrazaron la vida sacrificada, de que ni es necesaria ni aún es prudente hacer penitencia. Se dice que Dios crió al hombre para que lo pasara lo mejor posible también en este mundo y diera gusto a su cuerpo; que no quiere Dios atormentemos nuestro cuerpo, y hacer penitencia es atormentarlo.

Ya en los siglos que nos precedieron se intentó propagar este error.

Por esta misma razón se habla con menosprecio de lo que hasta ahora se había tenido como la virtud más hermosa, no estimando la virginidad y no sólo posponiéndola al matrimonio, sino despreciándola como contraria al bien común e imposible de vivir, y aun se ha llegado a negarla en la Virgen.

La defección de tantos sacerdotes y religiosos es consecuencia de este error.

De tal manera ha entrado el materialismo en los corazones, que ciega las inteligencias, mata la fe y propaga el error. Rara es la herejía que no predicara ya eso mismo en los siglos que nos precedieron, y fueron siempre sacerdotes, religiosos y obispos los que las inventaron y difundieron.

Se pretende poner mancha en las virtudes más admirables de la Iglesia. ¿Qué dirían y qué harían tantos penitentes y tantos y tantas vírgenes que entregaron sus bienes a los pobres y a las obras de misericordia y se ofrecieron a Dios abrazando una vida pobre y muy austera, retirándose a vivir en gran recogimiento apartados de todas las diversiones, pasatiem-

pos y curiosidades del mundo, y renunciaron a su propia libertad poniéndose en la voluntad de Dios por la obediencia al Superior y a las leyes profesadas? ¿Qué diría San Pedro de Alcántraa, que hizo pacto con su cuerpo de no darse ningún gusto? ¿Que dirían los mártires que abrazaron tan terribles tormentos hasta dar su vida atenazada por los verdugos antes que negar su fe en Jesucristo, Dios y Hombre verdadero?

¿Y qué hizo, qué vivió y enseñó Jesucristo? El hedonismo es antievangélico.

La Iglesia, infalible, nos propone ahora a nuestra veneración a tantos Santos y Fundadores de Ordenes religiosas, que practicaron y nos inculcaron la penitencia y nos dejaron trazado con la legislación una vida de penitencia. Y Dios los confirma haciendo milagros por la mediación de todos estos Santos que fueron tan penitentes y tan sacrificados.

Nuestro Señor Jesucristo abrazó una vida pobre y dura y ofreció esa su vida del modo más cruel y más ignominioso para la redención del mundo. ¿Y por qué el mismo Jesucristo escogió ofrecer a Dios como obsequio de expiación su fama y su honra, que es lo que más nos cuesta a todos? Enseñar y predicar la comodidad y el regalo es seguir la sensualidad y es antievangélico.

Perdona, lector amadísimo, me haya dejado llevar de este desahogo momentáneo ante la impresión tan acongojada que me produce esta terrible granizada que actualmente está cayendo sobre la Iglesia, haciendo estragos en todos los fieles y ocasionándolos mayores en los consagrados a Dios fomentado por los Pastores de las almas y seudoteólogos y con ello matando las vocaciones religiosas y sacerdotales.

Porque el materialismo y el hedonismo ha entrado en la Iglesia y se ha metido en los mismos conventos convirtiendo en ruinas y destrozando la observancia y el espíritu de santidad que se había vivido siempre en los monasterios. El humo del infierno ha entrado en la iglesia y en los conventos, porque sus moradores han abierto la ventana.

Jesús hizo y mandó la penitencia

Tú aspiras, como deseo aspirar yo, a lo más alto y hermoso, a lo más perfecto y santo que puede darse, y Dios lo quiere y nos lo manda, como es la unión de amor con Dios, y Dios no hace esta unión con el alma que no vive la penitencia y que no se purifica con ella, preparándose y fortaleciéndose para el abrazo amoroso del Amado con la penitencia y recogimiento.

Nada te diré de la purificación puramente interior. Dios mismo se encarga de hacerla en las almas. Es la más delicada y la más dolorosa. El alma nunca llegaría a hacerla en sí misma, porque no sabe y porque no se atreve. *Porque no atina bien uno por sí solo a vaciarse de todos los apetitos para venir a Dios* (3), según dice San Juan de la Cruz. Dios obra primorosamente en esta purificación del alma sin que el alma lo sienta o se aperciba.

Pero Jesucristo hizo penitencia no por Sí, sino por nosotros y para mérito suyo. Jesucristo sufrió más que los demás hombres y fue nuestro ejemplar y modelo.

Jesucristo, según el Evangelio de San Lucas, dijo: *Si vosotros no hicierais penitencia, todos pereceréis*

(3) Subida del Monte Carmelo l. I, 5.

igualmente (4). El mismo Jesucristo alabó la penitencia que hicieron los ninivitas y con ella alcanzaron el perdón de la amenaza divina (5). En la historia leo admirado de qué medios naturales se sirvió el Señor para conceder el perdón a Nínive, medios desconocidos para ella, pero quien alcanzó el perdón fue la penitencia de todos los ciudadanos y del mismo rey y hasta de los animales.

Los santos hicieron penitencia y se santificaron.

La santidad no es la penitencia; la santidad es la caridad, es el amor a Dios. La penitencia es un medio para la santidad y es necesaria para que Dios realice la unión de amor con el alma. Y es también un medio para convertir las almas. La penitencia prepara la unión de amor con Dios. Jesucristo nos redimió con su pasión y es el Virgen, Esposo de las almas vírgenes.

San Pablo predicaba a los gentiles y a los israelitas a Jesucristo crucificado. *Nosotros predicamos a Jesucristo crucificado, lo cual para los judíos es motivo de escándalo y parece una locura a los gentiles* (6), y con esta predicación convirtió a los paganos, y enervorizó a los convertidos, y se enervorizaba y animaba a sí mismo.

Nos expone su vida y sus ansias con las siguientes palabras: *A mí libreme Dios de gloriarme, sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está muerto y crucificado para mí, como lo estoy yo para el mundo* (7). Y aún más terminantemente es-

(4) Luc. 13, 5.

(5) Mt. 12, 41.

(6) I Cor. 1, 21.

(7) Gal. 6, 14.

cribía: *Los que son de Cristo tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones* (8).

Aquí está cimentada toda la doctrina de la penitencia que los santos y los doctores de la Iglesia vivieron y nos enseñaron. El alma santa se conserva santa en el cuerpo inmolado como Jesús y así la une Jesús con El.

La penitencia de los santos

Si ahora alguno quiere decirnos que no se practique la penitencia, sepamos claramente que esa doctrina es antievangélica y antiapostólica y aniquiladora de las Ordenes religiosas y del mismo sacerdocio, ya que las Ordenes religiosas han abrazado vivir la perfección con los consejos evangélicos.

Quiero sólo recordar la doctrina de algunos santos sobre la mortificación como necesaria para la santidad y para la unión de amor con Dios y aun para la salvación de las almas de nuestros prójimos.

No ha llegado a mi conocimiento santo alguno que no haya practicado penitencia y expresado sus frutos y su necesidad, según las fuerzas de cada uno.

Siempre y en todas las vidas de los santos veo se destaca la doctrina de la necesidad de la penitencia lo mismo que la necesidad de la oración.

No menos que los anacoretas y los contemplativos en sus desiertos y conventos se mortificaban los apóstoles y activos mensajeros del Evangelio en la preparación de sus excursiones misioneras y durante el apostolado, y porque mejor que otro alguno conocían la necesidad de la penitencia para hacer fruto espiritual en las almas, acudían a las almas santas pi-

(8) Id. 5, 24.

diendo penitencias para ablandar y enfervorizar los corazones además de la que ellos hacían.

El principio fundamental en que se basaban para enseñarlo y vivirlo era, después del mandato de Jesucristo, la imitación del mismo Jesucristo. La primera penitencia después del amor propio era la inmola- ción de su cuerpo en virginidad.

El amor une y compenetra. El alma que ama a Dios imita a Jesucristo, aspira a su unión y compene- tración, se hace una con Jesucristo ofrecido e inmo- lado en la cruz, une Consigo las almas ofrecidas e in- moladas en la cruz.

Jesucristo con la cruz auestas y destrozado y des- pellejado en la cruz y el cristiano regalado no se pare- cen en nada y tienen total discrepancia.

Así lo hacía resaltar con varias comparaciones el santo Juan de Avila y escribía: *Lo primero y princi- pio de cosas mayores en que le habéis de imitar, sea en la exterior aspereza y mortificación de vuestro cuerpo para que tengáis alguna semejanza con el suyo divino* (9), y sentencia suya es: *Que sólo el pade- cer declara quién es amigo verdadero y fingido de Je- sús* (10), y fray Lys de Granada escribía que la cruz es la señal de privanza que el cristiano tiene con Dios.

Y de modo clarísimo hace resaltar San Juan de la Cruz la necesidad de la penitencia cuando suplicán- dolo un religioso aminorase la que hacía porque da- ñaría su naturaleza no muy fuerte, le contestó: *Si en algún tiempo, hermano mío, le persuadiere alguno, sea o no prelado, doctrina de anchura y más alivio,*

(9) *Audi Filia*, 76.

(10) *Carta a una Señora apenada*.

no la crea ni abrace, aunque se la confirme con milagros, sino penitencia y más penitencia y desasimiento de las cosas; y jamás, si quiere llegar a la posesión de Cristo, le busque sin la cruz (11).

¿Quién no se ha admirado leyendo la vida de San Vicente Ferrer, de la multitud de penitentes que le acompañaban en sus misiones y de los muchos instrumentos de penitencia que llevaban para vender entre los oyentes? ¿Y qué decir de las penitencias que él hacía sin dispensarse por el mucho y continuado trabajo que tenía? ¿No era esto lo que ayudaba a traer las gracias de Dios sobre sus auditorios? Sobre la penitencia escribió esta enseñanza: *Conviene tener en sí la cruz de Cristo, que tiene cuatro brazos: el primero es la mortificación de los vicios; el segundo, la renunciación de todos los bienes temporales; el tercero, menosprecio de las carnales aficiones de los padres; el cuarto, menosprecio y abominación de sí mismo (12).*

En todos los tiempos los santos contemplativos y los santos del apostolado activo, como Jesucristo, como los apóstoles, han practicado y enseñado la penitencia. Por el contrario, el regalo y la comodidad traen la apostasía y la herejía. ¿Por qué los seudoteólogos llegan a negar el infierno?

Bien conocida es la frase de Santa Teresa de Jesús que *regalo y oración no se compadecen (13)*. Lo que la santa dijo hace cuatro siglos no ha perdido ni actualidad ni vigor. En estos tiempos escribe Thomas Merton: *Si el monje es un hombre de oración, también es un hombre de sacrificio. La oración y el sacrificio se completan. Es una vida espiritual bien inte-*

(11) Carta al P. Juan de Sta. Ana.

(12) *Tratado de la Vida espiritual*, 2 D.

(13) *Camino de Perfección*, 5, 2.

grada; son simplemente dos diferentes aspectos de la misma realidad (14).

El Concilio Vaticano II

Y el Concilio Vaticano II nos dice: *Es necesario que todos los miembros se asemejen a Cristo... Siguiendo sus huellas en el sufrimiento o en la persecución nos unimos a sus dolores como el cuerpo a la Cabeza, padeciendo con Él, para ser glorificados con Él (15).* Y el apóstol nos exhorta a llevar siempre la mortificación en nuestro cuerpo (16). La misma doctrina nos repite en varios lugares más. No creo haya dejado de tener actualidad este Concilio.

Un medio para la unión con Dios

El más delicado y alto efecto de la penitencia es preparar el alma para la unión con Dios. Quiere Dios hacer su unión de amor con todas las almas y no puede realizarla porque las almas no corresponden al llamamiento que lleno de amor las hace desde la cruz. Sé, Dios mío, que quieres hacer la unión de amor con mi alma, quieres hacerte mío y hacerme tuyo, y no puedes, porque yo no coopero, porque yo no quiero poner los medios que has establecido para hacerla y sin mi cooperación no la haces.

Abrazaste a San Francisco desde la Cruz; distes a

(14) Pensamientos de soledad, 3.

(15) Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 7.

(16) Id. *Sacrosanctum Concilium*, 12; *Christus Dominus*, 33 y *Presbyterorum Ordinis*, 6.

Santa Teresa el clavo teñido en tu sangre para hacer el matrimonio espiritual, que es la unión más perfecta. Sé que tiene que subir el alma al árbol de la cruz y alimentarse de sus frutos si quiere verdaderamente que tú seas suyo y tener tu misma vida. La unión se hace en la cruz y si rehusa a subir y abrazar la cruz no se puede obtener tu unión de amor; tu abrazo de amor y de comunicación de bienes.

Por qué no hace Dios la unión

San Juan de la Cruz, que escribió todas sus enseñanzas para encaminar a las almas a la unión y animarlas a que se preparen, porque es el mayor bien que puede darse, se lamenta apenado por qué son tan pocas las que llegan a esa hermosísima cumbre de la unión. No lo diré yo con palabras mías; nos lo dirá San Juan de la Cruz con palabras suyas de su tiempo y de todos los tiempos mientras se viva el Evangelio, mientras Dios sea santificador, mientras la apostasía no haya cegado la razón o vendado los ojos del alma para no ver la fe.

Dice el Santo: *Nos conviene aquí notar la causa porque hay tan pocos que lleguen a tan alto estado de perfección de unión de Dios. En lo cual es de saber que no porque Dios quiera que haya pocos de estos espíritus levantados, que antes querría que todos fuesen perfectos, sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra; que como los prueba en lo menos y los halla flacos, de suerte que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo y mortificación... eche de ver que lo serán muchos menos en lo mucho y así no vaya adelante en purificar-*

los y levantarlos del polvo de la tierra por la labor de la mortificación, para la cual era menester mayor constancia y fortaleza que ellos muestran.

Y así, hay muchos que desean pasar adelante y con gran continuación piden a Dios los traiga y pase a este estado de perfección, y cuando Dios los quiere comenzar a llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas, huyendo el camino angosto de la vida.

...¡Oh almas que queréis andar seguras y consoladas en las cosas del espíritu!; si supiéseis cuánto os conviene padecer sufriendo para venir a esa seguridad y consuelo, y cómo sin esto no se puede venir a lo que el alma desea, sino antes volver atrás, en ninguna manera buscaríais consuelo de Dios ni de las criaturas, mas antes llevaríais la cruz, y puestos en ella, queríais beber allí la hiel y vinagre puro y lo habríais a gran dicha, viendo cómo muriendo así al mundo y a vosotros mismos viviríais a Dios en deleites de espíritu (17).

No se ha de olvidar que la santidad es el amor a Dios con obras. Quien dice que ama y no tiene obras, tampoco tiene amor ni va por el camino de la santidad. Las buenas obras y la penitencia en sus variadas manifestaciones *se fundan en el amor de Dios* (18), pero el mismo santo nos dice que el amor está en la médula de la cruz y la medida del amor es la cruz y la cruz es la bandera que ha de estar implantada en el corazón. El amor a la cruz conservaba hermosa y floreciente la observancia y santidad de las Ordenes

(17) *Llama de amor viva*, 2, 27, 28.

(18) *Subida del Monte Carmelo*, 3, 27, 5.

religiosas. Al quitar esta bandera santa se desploman y arruinan las religiones.

De sí misma escribe Santa Teresa de Jesús que cuando sentía con más vehemencia el amor procuraba desahogarlo con penitencias externas (19), como también escribe que *la medida de poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor* (20).

Jesucristo redimió al mundo desde la cruz y por la cruz. Las almas han de santificarse y acrecentar en sí mismas el amor por la penitencia y por la cruz. Los apóstoles o santos contemplativos y los apóstoles y santos activos han convertido las almas y las naciones con la oración y penitencia y predicando a Jesucristo crucificado, verdadero Dios, verdadero hombre, verdadero redentor y perfecto modelo. Las Ordenes religiosas brillan en santidad mientras viven el amor de Dios con penitencia y en proporción de ese amor y de esa penitencia. Si llega un día en que las almas se proponen otro modelo y buscan otro fin, las Ordenes religiosas buscan, enseñan y viven el camino del regalo y de lo mundano huyendo de la cruz y del trato con Jesús, han salido ya de su fin; ya no buscan la santidad; han entrado en la senda de la apostasía; serán lazo de perdición para las almas; paganizarán de nuevo el mundo que debían santificar. Dios borra de su libro las Ordenes religiosas mundanizadas y reciben el desprecio del mundo, son irrisión del demonio y Dios las deshace por su infidelidad. Tenían el fin más noble y se desplomaron en la ignominia.

El estandarte de Jesús es la cruz. Dios no deja de

(19) *Vida*, 10, 12 y 29, 12.

(20) *Camino*, 32, 7.

darnos voluntad y fuerzas para llevarlo siempre muy alto y firme en el corazón y en el cuerpo.

San Pedro dijo desde el primer momento de la venida del Espíritu Santo esta verdad inmutable a través de los siglos: *Fuera de Él no hay que buscar la salvación en ninguno otro. Pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos* (21).

Si no se vive la penitencia, no hay vida espiritual y es imposible que Dios haga la unión de amor con el alma; ni aun puede haber salvación. Muy recientemente se lo decía Jesús a Benigna Consolata. Sin penitencia no puede haber virtudes, ni es posible progresar en el camino santo que conduce a la unión con Dios.

(21) Act. 4, 12.

II

NECESIDAD DE LA ORACION

Almas de oración

Prefiero continuar este capítulo sobre la oración expresando también en esto la verdad con palabras muy acreditadas de los santos mejor que con mis propias palabras.

Hablar de la oración es hablar de la actualidad más importante de todos los tiempos y no deja de serlo en estos momentos. Yo pienso que lo es ahora aún más que en los siglos que nos han precedido. Por esto amplio un poquito más lo que ya queda indicado antes.

Decir almas de oración es decir almas santas, como ya expresó San Ignacio. Pero no son frecuentes las almas de oración.

Anunciar que se ha de tener oración es para una inmensa multitud anunciar algo de pánico. La oración es, para las almas que dicen desean ser espirituales, lo más necesario, lo más deseado, lo más temido para muchas y los más huido. Su misma grandeza y hermosura y la dificultad de tenerla con alguna perfección y recogimiento, asusta.

Ser alma de oración es romper con todo lo que ensoberbia y disipa. Estar en la oración es estar en contacto directo con Dios recibiendo su gracia. Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz inculcan mu-

cho que haga cuenta el alma que sólo existen Dios y el alma. El alma con Dios y Dios en el alma. Esta verdad o atención ya la consideró muy importante el abad Alonio en el siglo V diciendo: *Si el hombre no dijere dentro de su corazón: en el mundo estamos solos Dios y yo, no encontrará la quietud del recogimiento* (Apotegmas).

Ser alma de oración es vivir la caridad y declarar la guerra a toda vanidad, apetito y resentimiento. Es vivir la mansedumbre y abrazarse con el heroísmo más constante en la mayor humildad para llegar a ser estrechado entre los brazos amorosos de Dios; es enfrentarse decididamente y para siempre con el mundo, demonio y carne hasta vencerlos totalmente; es vivir la caridad divina y fraterna sin envidias ni preferencias.

Jesús y los Apóstoles

Reflexiona, alma mía, un poco sobre la grandeza, necesidad y dificultad de la oración. Lánzate a la oración, que es lanzarte a la mayor dificultad para obtener el más grande y más glorioso heroísmo y el más alto y dichoso bien. Pide a Dios la perseverancia en tener la oración, que ahora te propones. Ni te desalientes por dificultades que tengas, por diversas y encontradas opiniones que oigas, o porque te parezca que no haces nada y que no adelantas nada. El foco que está luciendo no hace nada, pero hecho el vacío y conectado con el fluido luce, como luce el alma que está mirando y atendiendo a Dios. Es muy razonable que el mayor bien exija el mayor y más constante es-

fuerzo y tiempo. Y la oración es para obtener el mayor bien, el bien sobrenatural, la unión con el mismo Dios y en la unión con Dios conseguir todos los demás bienes convenientes.

Fue el mismo Jesucristo quien nos enseñó la necesidad de la oración y *que conviene orar perseverantemente y no desfallecer* (1).

Fue el mismo Jesucristo quien pronunció estas terminantes palabras: *Velad, pues, en todo tiempo... Estaba Jesús entre día enseñando en el templo y saliendo a la noche la pasaba en el monte llamado de los Olivos* (2).

Fue el mismo Jesús quien *por este tiempo se retiró a orar en un monte, y pasó toda la noche haciendo oración a Dios* (3), como había pasado toda la cuaresma, como había pasado toda su retirada juventud en la paz y el trabajo de Nazaret; como en medio de sus actividades apostólicas durante el día, tomó al atardecer a sus tres más amados discípulos y los condujo al silencio del monte Tabor a orar durante la noche.

La oración fue vida de Jesús y de la familia Sagrada en Nazaret y la oración fue mandato principalísimo de Jesús, según nos dice el Evangelio. De Jesús lo aprendieron los Apóstoles y lo vivieron y nos lo enseñaron. Orando se prepararon en compañía de la Virgen para recibir al Espíritu Santo en el retiro del Cenáculo y lo recibieron y obraron maravillas en su virtud y se desentendieron de los bienes materiales y de su administración para no disiparse ni distraerse y *con esto podremos emplearnos enteramente en la*

(1) *Luc.* 17, 1.

(2) *Luc.* 21, 36, 37.

(3) *Luc.* 6, 12.

oración y en la predicación de la palabra divina (4), como lo había hecho Jesús y por este modo de vida les dijo que ellos no eran del mundo.

La oración es lo más grande

Perdóname, amadísimo lector, que repita y encarezca lo que tú tan delicada y amorosamente vives y sabes. Pero las corrientes de doctrinas que ahora se difunden y se quisieran hacer prevalecer me han movido para exponer y reafirmar esta doctrina enseñada directamente por Jesús y por los Apóstoles y la doctrina y la práctica contraria a ella es enseñanza contraria a la de Jesús en su Evangelio y también a la doctrina y vida de los Apóstoles. Como esta actualidad me ha movido a poner aquí como un paréntesis estos tres capítulos.

Pero sin la oración con penitencia ni habría santificación de la propia alma ni habría conversión de las almas de los prójimos que están apartadas de Dios y le desconocen. No es suficiente la oración y la penitencia para convertir las almas y hacer apostolado eficaz; es necesaria la predicación, pero sin la oración no tendría eficacia. La oración, la penitencia y la predicación han de estar unidas, como han de estar unidas y ayudarse mutuamente las almas contemplativas y las almas de apostolado activo. Los apóstoles activos y las almas orantes y expiadoras deben ser santas, unidas a Jesús y formando un mismo cuerpo y un mismo espíritu (5). Nunca haya escisión, ni envidia, ni oposición entre ellas, sino compenetra-

(4) *Act.* 6, 4.

(5) Un Carmelita Descalzo. *Al Encuentro de dios*. Cap. XXXI.

ción y unión y mutua ayuda y mutuo ofrecimiento. Son un mismo corazón en el de Jesús y un mismo ofrecimiento con el mismo Jesús. No puede haber división.

Es necesario siempre orar; la oración es lo más grande o conduce a lo más grande. La oración lo alcanza todo y lleva al regalo de la unión de amor con Dios, a lo más alto y delicado de la gracia que es vivir la vida y la naturaleza y las perfecciones de Dios por participación y comunicación, como ya queda expuesto en capítulos precedentes.

La oración en sí misma es unión con Dios; será tan perfecta la unión como sea perfecta la oración. La oración que trata con Dios aspira a unirse con Dios. La oración es unión con Dios desde la más tibia y floja aspiración y más difuso deseo de tratar con Dios hasta la más íntima y más afectuosa y regalada comunicación con Dios en el matrimonio espiritual.

Este concepto, en una u otra forma, se encuentra en todas las varias definiciones que de la oración se han dado, porque es esencial y el perfecto.

Ya lo expresó el antiguo Evagrio Póntico diciendo que es *elevación del espíritu hacia Dios* y le recogió en la más ordinaria definición que de la oración dio San Juan Damasceno y la aceptó Santo Tomás: *Es la elevación de la mente a Dios y petición a Dios de las cosas que convienen* (6).

Santa Teresa de Jesús, en su definición especial, muy fuera de los modos comunes de los autores, destaca esa misma idea cuando dice: *No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sa-*

(6) San Juan Damasceno: *De Fide Orthodoxa*, 3, 24.

bemos nos ama (7). El amor une, y si la oración es tratar de amor entre amantes, es tratar de la unión misma.

Ya San Juan Clímaco destacaba esta idea principalmente y daba los medios para poder conseguirla. *Oración* —decía—, *según su condición y naturaleza, es unión del hombre con Dios* (8).

Y explica cómo se había de hacer para conseguirlo, diciendo: *La oración del solitario no sea perezosa, sino devota y continua, y una perfecta ocupación del alma con Dios mediante una ardentísima caridad; la cual ha de ser tan constante y tan fija que ningunos ladrones la pueden robar.*

Imposible es que el que nunca jamás aprendió letras pueda leer, pero muy más imposible es que el que no libertó su corazón de cuidados y congojas, pueda tener perfecta oración y contemplación (9).

Se presenta ya la bella figura aureolada del alma de oración. Porque el ejercicio de la oración acrecienta el amor, hace florecer las virtudes, da mayor conocimiento y más ansia de Dios y aumenta la gracia.

El alma de oración es alma santa. No puede darse alma de oración sin virtudes, sin recogimiento, sin gran desarrollo de la vida de gracia.

Perseverar en la oración

De aquí el consejo de los santos diciendo se tenga la oración continua y larga y no se desista de la ora-

(7) *Vida*, 8, 5.

(8) San Juan Climaco: *Libro de la Escala espiritual*, cap. 28.

(9) San Juan Climaco: *Libro de la Escala espiritual*, cap. 28.

ción por mucha aridez y pesadez que se sienta. No se llega a ser alma de oración por falta de decidida perseverancia; porque el apetito espiritual busca más el gusto que al mismo Dios y la oración es estar con Dios, tratar con Dios, mirar a Dios como Dios quiere, ya sea en afecto, ya sea en la mayor desolación. El sol siempre es sol y luce como sol y Dios es el sol del alma.

Solía repetir San Felipe Neri que *quien no puede orar veinte horas no tiene espíritu de oración*, y su confianza en Dios era tan grande que decía: *Cualquiera cosa que yo pidiera al Señor estoy cierto de conseguirla, con tal que tenga tiempo de orar antes* (10).

Fray Luis de Granada aconsejaba largos ratos diarios de oración; perseverar en la oración y no dejarla por pesadez que se sienta. Y la causa de no llegar a ser almas de oración y triunfar en la oración es la falta de perseverancia. El foco bien preparado luce mientras está en contacto con la corriente eléctrica.

Y no quiero dejar de solazarme con la doctrina que me enseña Fran Juan de los Angeles, resumiendo a muchos autores. Muy importante para cuantas almas dicen que desean y aspiran a ser de oración y santas.

Dice el discípulo.— *A la cuenta que ahora has echado cinco horas y media das a la oración mental, y no parece posible, a lo menos en las religiones a donde por obediencia se ocupan los religiosos muchas veces en ocupaciones exteriores y aun en rezar el oficio divino, que lleva gran parte del día.*

(10) *Vida del glorios Thaumaturgo el gran Patriarca San Felipe Neri.* Escrita en Portugués por el P. Manuel Conciencia Parte I, lib. 2, Cap. 13 nros. 240-241.

Maestro.— *De las ocupaciones de la obediencia no tengo que decir, sino de las que los mismos religiosos se buscan, con las cuales cada día se hacen inhábiles para las cosas del espíritu y de manera que no hay cosa para ellos más grave y pesada que el rato que gastan en la oración. Eso tiene destruidas las religiones; porque disminuyéndose en ellas el ejercicio del espíritu, se disminuye la perfección, y acabándose, se acaba todo el lustre y hermosura de ellas y todo el bien...*

¡Qué pocas veces he visto religiosos aprovechados con la oración mental de comunidad, aunque sea de dos horas y media como entre nosotros se usa!, y los que lo están, añaden sin duda mucho más en sus celdas y rincones (11).

Une con Dios y le trata

La oración es unión con Dios o tiende a la unión con Dios.

Los autores de todos los tiempos han expresado siempre esta idea bajo una u otra forma. He citado los escritores espirituales de los primeros tiempos del cristianismo. Santo Tomás escribió en una frase como suya esta verdad, en la que recogía el pensar de los antepasados y la definición del Damasceno: *Esto es lo que principalmente se ha de pedir en la oración: que nos unamos a Dios (12)*. La oración es petición a Dios, pero petición de unión con Dios principalmente. Todas las demás peticiones están dirigidas a ésta.

En estos mismos tiempos acaba de escribir Baldo-

(11) Fr. Juan de los Angeles. *Manual de vida perfecta*, diálogo 2 pf. 2.

(12) *Suma teológica* 11 y 12, p. 81, ar. 1 al 2.

mero Jiménez Duque: *La oración une con Dios, con ese Dios al cual lleva, ante el cual se abre el alma. Ella proporciona una unión intencional con Él: recuerda a Dios, fija la atención en Dios... como (Dios) está realmente presente, como el objeto de su pensamiento y de su amor está allí, le encuentra, le toca, diríamos, le abraza y la unión resulta más apretada, más plena* (13).

Porque la oración conduce y pone en lo más grande y une con Dios dijo también Santo Tomás: *Que la vida contemplativa es de suyo mejor que la vida activa* (14).

No dejarla por nada del mundo

La oración es necesaria para la santidad y como es el mismo acto y ejercicio de amor, es la manifestación y el desarrollo del amor.

Para llegar a ser almas de oración son necesarias largas horas de diaria oración y perseverancia en no dejarla y en no disminuir el tiempo. Porque es frecuente desistir y no perseverar determinadamente en el ejercicio de la oración, no llegan las almas a la unión prometida por el Señor, ni aún a desatarse de los apetitos y atracción del gusto.

No se ve en sí la oración que hacen las almas, pero se ve en las virtudes. Cuando el rosal está bien cuajado de hermosas rosas, manifiesta la vitalidad de su savia.

Santa Teresa pone todo su esfuerzo en animar a que por dificultades y obstáculos que se presenten no se deje la oración. Ella misma fue el gran modelo del

(13) Baldomero Jiménez Duque: *Teología de la mística*, capítulo 13.

(14) *Suma teológica* 11, 11, p. 182, n. 2.

triumfo de la oración y escribe que la peor tentación que tuvo fue que dejó la oración un poco tiempo por considerarse indigna de tenerla y por esta tentación *se iba a acabar de perder*.

La doctora mística llamó a las almas de oración *siervos del amor* (15), calificativo el más tierno y más alentador. Pues nada hay como ser siervos del amor infinito de Dios. La perseverancia en la oración la preparó a ella para las inefables mercedes sobrenaturales que Dios obró en su alma. *Comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme mercedes, como quien deseaba... que yo las quisiese recibir* (16) y *me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria que me parecía toda me rodeaba y que por ninguna parte podía huir, y era así* (17).

Santa Teresa en la oración miraba principalmente a Jesucristo y a Dios dentro de sí misma y se miraba rodeada y llena de Dios y su gozo era estar callada con Dios y Dios obraba también calladamente en su alma hasta que estuvo bien preparada. Sin la perseverancia en los *ratos grandes de oración*, no hubiera sido ni alma de oración, ni la santa de las grandes virtudes, ni la mística de mercedes tan maravillosas como Dios la comunicó.

El poder de la oración

San Pedro de Alcántara repetía este aforismo: *La oración prolongada es madre de la oración regalada*.

(15) *Vida*, 11, 1.

(16) *Vida*, 23, 2.

(17) *Vida*, 24, 2.

Y la oración alcanza del Señor la gracia y las virtudes para la propia alma y para las almas de los prójimos.

El santo apóstol Juan de Avila citaba estas palabras de San Juan Crisóstomo: *¿Quién de los santos no venció orando? No hay cosa más poderosa que el hombre que ora.* Y escribía él por su propia cuenta: *Como el arar y sembrar es medio para coger trigo, así la oración para alcanzar frutos espirituales* (18). ¿Y quién no ha oído las ponderadas palabras de San Agustín sobre el poder de la oración con Dios?

Sería extenderme demasiado y cansarte a ti que me lees, referir casos de cómo los santos alcanzaban de Dios los bienes espirituales para las almas trayéndolas de la incredulidad a la fe, del mal camino a la práctica de la virtud; de una vida buena, aunque débil y no esforzada en la virtud, al más admirable heroísmo de la vida interior del desprendimiento, de oración, de presencia de Dios, de mansedumbre y caridad, de mortificación y vencimiento.

En los santos se veían cumplidas las palabras de Jesucristo, que no vemos en nosotros por falta de perseverancia y de amor: *Todo lo que pidiéreis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis* (19). *Si algo me pidierais en mi nombre, yo lo haré* (20). Eso expresaba San Felipe Neri en su confianza en la oración. Eso nos refiere Fray Luis de Granada de la oración de Santo Domingo cuando alcanzó lo que pidió con gran extrañeza de sus religiosos y hacía verdadera la expresión de Tertuliano.

¡Qué rasgos y qué delicadezas tan paternales, repi-

(18) Audi Silia, 60.

(19) Mt. 21, 22.

(20) Jn. 14, 13.

to, leemos en las vidas de los santos que les concedía el Señor casi como a modo de juego, y aún lo hacía muy rápidamente a veces; otras, después de larga oración. No solo en conceder la conversión de algún alma, que de suyo es sumamente importante de trascendencia para la felicidad eterna, sino en deseos muy particulares, y en detalles y acciones de cariñoso amor.

Leo en la vida de una de tantas almas santas desconocidas, Fray Miguel de los Apóstoles, que decía a su maestro de novicios: *Padre, que se me abrasan las entrañas y este corazón lo siento como una fragua*, que estando para morir, no agonizaba ni moría y quejándose al Señor por qué no le llevaba ya, pues estaba desahuciado, le respondió el Señor: *¿No ves que no puedo, porque tus hermanos los religiosos me lo impiden con sus oraciones?* Le querían entrañablemente y pedían que no muriera. Y vuelto a los religiosos les suplicó cesasen de pedir su vida, y suspendida la oración de la comunidad con ese fin, en seguida, puestos sus brazos sobre el pecho en forma de cruz y en oración, entregó a Dios su alma (21).

Dios corresponde según la fidelidad de cada uno

No te canses, alma mía, de esforzarte en esta empresa, la más alta y gloriosa, la más rica y feliz. En este camino de oración no hay engaño. Dios premia por Sí mismo, y premia dándose a Sí mismo en amor.

(21) P. Dámaso de la Presentación: *Año Carmelitano*, día 23 de Octubre.

Dios se pone a disposición tuya para concederte todas tus peticiones y todos tus deseos.

En el momento en que tú prescindas de todo, te despegues de todo, te sobrepongas a todo y negándote a ti misma seas totalmente de Dios, Dios te hará total y delicadamente suya con una delicia y un gozo como no puede haber otro semejante en la tierra. Es delicia y gozo de Dios para su alma amada.

Depende de tu perseverancia en la oración, en el recuerdo de Dios, en el abrazo a la cruz. Depende de que te vacíes de ti en ti y en todas las cosas; de que te determines a pasar mucho tiempo con Dios, tu Amado, muy a solas, con grande intimidad y atención. Escucha a Dios, que Dios te hablará.

Depende de que te abrasces a la cruz con amor, pues es abrazar al mismo Jesús, en quien está todo bien. Nada te negará Dios de cuanto le pidas por Jesús y de cuanto desees para tí o para las almas de tus prójimos. Hazte de Dios, Dios no dejará de hacerse tuyo.

Si Dios no ha llegado a comunicarse en amor con las almas, es porque falta la fidelidad y la perseverancia del alma en la oración, porque el alma no ha desocupado el corazón de sí misma y de las cosas dejándole todo para Dios y por no haberse abrazado con la cruz.

Hoy es tan necesaria la oración como lo ha sido siempre y lo son el recogimiento y la mortificación; pero en la actualidad es imprescindible mayor heroísmo de esfuerzo por los atractivos y regalos de la vida en estos tiempos.

Dios no toma posesión del corazón de tierra, pero entra y llena y transforma en cielo el corazón vacío y desprendido y entregado.

Apropiándome las palabras de Santa Teresa de Jesús, digo: *Deseábale con el bien que yo me parece tenía con tener oración, que me parece que en esta vida no podía ser mayor* (22). Y sólo digo que para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí (Dios), es la puerta la oración; cerrada ésta, no sé cómo las hará, porque, aunque quiera entrar a regalarle con un alma y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola, y limpia y con gana de recibirlos (23). Y termino repitiendo las palabras anteriores para que se me graben imborrablemente en mi alma y en la tuya cuando lees esto: *Comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme mercedes, como quien deseaba... que yo las quisiese recibir* (24). *Me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria que me parecía toda me rodeaba y que por ninguna parte podía huir, y era así* (25).

Los santos con la oración y penitencia hicieron florecer en su alma las flores de las virtudes hasta la más hermosa santidad.

Los apóstoles santos con la oración y penitencia se santificaron a sí mismos y difundieron la verdad del Evangelio y el espíritu vivo de fe por el mundo y en las almas. Con la oración, penitencia y apostolado se convirtieron las naciones a la fe de Jesucristo.

Dios mío, dadme el don de la oración en recogimiento para que puedas hacer resonar dulcemente, en mi alma, como lo deseas, tus armonías de cielo.

La dificultad de la oración viene de la dificultad de

(22) *Vida*, 7, 10.

(23) *Vida*, 8, 9.

(24) *Vida*, 24, 2.

(25) *Vida* 24, 2.

la perseverancia... El recogimiento es el secreto de la vida de oración... La dificultad de la oración está en saber recogerse. Logrado esto se ha logrado todo (26).

NOTA DEL EDITOR

Queridísimo lector: Si te ha gustado este librito no dejes de leer el libro titulado «LA GRACIA DEIFICA EL ALMA» por un Carmelita Descalzo porque cuanto hasta aquí has leído no es más que dos capítulos de dicho libro.

Los santos no fueron felices en este mundo

Se queja el autor diciendo que hoy día hay muchos pseudoteólogos que enseñan que Dios no quiere vernos sufrir y que desea que todos los hombres sean felices en este mundo... Y por eso veréis que hoy no se habla de penitencia ni de hacer sacrificios sino únicamente de lo que hemos de hacer para conseguir un mundo más feliz. Esta es una utopía que nadie podrá conseguir, porque Dios a nadie hará feliz en este mundo.

Los santos no fueron felices en este mundo; porque Dios, como hace notar Santa Teresa, da mayores trabajos a aquellos que más ama. Veamos cómo lo dice: «Quereis ver cómo se porta el Señor con los que de

(26) *La vida en Dios*, por un cartujo, en el Prólogo por Juan Bautista Torelló.

veras le dicen «*hágase en mí tu voluntad?*». Pues preguntádselo a su Hijo glorioso que se lo dijo en la oración del Huerto. Como fue dicho con verdadera determinación y de toda voluntad, mirad cómo la cumplió en El en lo que le dió de trabajos y dolores e injurias y persecuciones; en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte en la cruz. Pues ved aquí, hijas mías, lo que dio a quien más amaba, por donde se podrá entender cuál sea su voluntad. Así que estos son sus dones en este mundo. De ellos da a cada uno conforme al amor que nos tiene. A los que ama más, da de estos dones más; y a los que ama menos, da menos, conforme con el ánimo que ve en cada uno y el amor que tiene a su Majestad. Quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por El, y el que amare poco, podrá poco. Tengo yo para mí que la medida de poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor» (Cam. cp.32).

Dicen los seudoteólogos: «Dios es Padre y no le agrada vernos sufrir». Ciertó que Dios es nuestro Padre y nosotros sus hijos adoptivos; pero Cristo es su Hijo natural, *el objeto de todas sus complacencias*. Y ¿qué hizo con El cuando lleno de angustia y terror le dijo: «*Padre, si es posible librame de este cáliz*». —Le mandó un ángel para animarle a sufrir; pero no le libró de los tormentos.

Todos los santos estaban convencidos de que cuanto más amor tenga Dios a un alma, mayores trabajos le envía. De ahí sus ansias de padecer.

La Santísima Virgen dijo a Santa Bernardita: «No te haré feliz en este mundo, sino en el otro».

Jesús dijo a los Apóstoles: «*Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que Yo os mando*» (Jn.15,14).

Los apóstoles fueron los íntimos amigos de Jesús porque hicieron lo que les mandó.

Y ¿cómo los trató?

Veamos cómo lo dice San Pablo:

«A nosotros los Apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar y nos ha tratado como a condenados a muerte: pues hemos venido a servir de espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres.

Nosotros somos necios, por amor de Cristo, mas vosotros sois prudentes en Cristo; nosotros débiles, y vosotros fuertes; vosotros honrados y nosotros vilipendiados. Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratamientos y ni siquiera tenemos dónde asentar nuestro domicilio. Nos cansamos trabajando con nuestras propias manos: nos maldicen y bendecimos; padecemos persecuciones y las soportamos; somos difamados y consolamos. En fin: hemos venido a ser como la basura del mundo, como la escoria de todos» (1 Cor.4.9-13).

Así trató Dios a los Apóstoles, y así ha tratado siempre a todos los santos. Lejos de nosotros el pensamiento de que los santos fueron felices. Lo eran solamente en la *esperanza*, como el jornalero que trabaja y sufre animándose a ello por la esperanza de su jornal. Pero mientras no tenemos más que la *esperanza* no podemos decir que ya somos felices. Pues como nos dice San Pablo: *«Si nuestra esperanza en Cristo se refiere a sólo esta vida, somos los más desgraciados de todos los hombres» (1 Cor.15,19).*

Dios nos creó para la felicidad

Estamos diciendo que Nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen y todos los santos sufrieron mucho en este mundo. A los que no les mandaba Dios trabajos, ellos mismos se los buscaban haciendo austerísimas penitencias. Y queremos declarar que es antievangélico el decir que Dios no quiere que suframos, porque es bueno y no le gusta vernos sufrir.

Cierto que Dios es bueno: Dios es amor; pero la medida del amor del hombre por Dios aquí en la tierra está en el sufrimiento. Aquel que más ama, lo ha de demostrar sufriendo mayores trabajos por Dios.

Dios no nos creó para sufrir. Dios es infinitamente feliz y creó a los ángeles y a los hombres para compartir con nosotros su eterna gloria y felicidad. Pero Dios es también infinitamente justo, y aunque no lo podamos comprender, sabemos que tanto los ángeles como los hombres para poder entrar en la gloria han necesitado tener méritos. Los niños que mueren antes del uso de la razón se salvan por el bautismo y los méritos de Cristo, y los adultos recibirán la gloria eterna en la medida y proporción que sus propios merecimientos valorados con el valor que le dan los méritos de Jesucristo.

Es cierto que *«los trabajos leves y momentáneos de la vida presente no son nada en comparación con la gloria venidera que ha de manifestarse en nosotros (Rm.8.18). «Pues esta momentánea y ligera tribulación, nos prepara un peso eterno de gloria incalculable...» (2 Cor.4,17).*

Repetimos: Dios para hacernos felices en el cielo necesita nuestros méritos, que por sí no son nada ni

tienen ningún valor; pero al estar incorporados a Cristo por la gracia, somos cuerpo de Cristo y en este sentido nuestros méritos ya tienen un valor infinito.

El misterio de la *Comunión de los Santos*, significa que todos en unión con Cristo formamos un solo cuerpo: somos una sola cosa. La gracia nos deifica, nos hace divinos. Somos una sola cosa en Cristo. «*Como tú, ¡Padre! estás en mí y Yo en tí, así ellos en nosotros...*» (Jn.17,21). Nuestra unión con Cristo es quien da valor a nuestros merecimientos.

Esta vida es una lucha

El sufrir por sufrir es de locos. El que sufre busca algo que de otra manera no lo puede conseguir. Si Cristo sufrió los tormentos de la cruz, fue porque era necesario, pues El no estaba loco y es de locos sufrir sin necesidad.

Dios nos creó por amor, y nos creó con el único fin de hacernos participantes de su eterna felicidad. Si no fuera necesario el sufrimiento, seguro que no hubiéramos nacido en este mundo sino en el cielo. Pero era necesario que viniéramos a este mundo a ganar una batalla luchando contra nosotros mismos para hacer méritos para el cielo.

«*Milicia es la vida del hombre sobre la tierra*». Desde que llegamos al uso de la razón hasta que morimos estamos en situación de guerra, y nuestro enemigo más feroz es nuestra propia concupiscencia.

Estamos en este mundo como quien se halla en medio de un río remando contra corriente, que no podemos dormir ni descansar porque nos arrastran río abajo nuestras propias pasiones. Así lo dice la Es-

critura: «*El hombre está inclinado al mal desde su juventud*». Pues así como el que navega remando contra corriente no se puede descuidar un momento ni abandonar alguno de los dos remos; lo mismo nosotros necesitamos insistir continuamente en la penitencia y la oración para no perdernos.

Y repetimos: Sin oración no es posible la penitencia, así como sin la penitencia la oración no pasaría de ser una ilusión.

La oración es la madre de todas las virtudes, y la penitencia es el medio de practicarlas.

Sin oración no hay luz: no sabemos dónde estamos ni hacia dónde vamos, ni tenemos la ayuda de Aquel que nos dijo: «*Sin Mí, nada podeis hacer*» (Jn.15,5), porque para que Yo os ayude necesitais «*pedir y recibir*» (Mt.7.7-8).

La felicidad sólo está en el cielo

Resumiendo diremos que ciertamente Dios nos creó por amor con el único fin de hacernos felices compartiendo con nosotros sus riquezas y felicidad. La gracia nos hace divinos, como dioses por participación. En el cielo tendremos a nuestra disposición toda la sabiduría y el poder de Dios. Viéndole como es cara a cara, lo sabremos todo y lo entenderemos todo. Allí sabremos y comprenderemos todas las cosas y amaremos a Dios plenamente al conocerle tal cual es. Asimismo tendremos todo cuanto deseemos; nada nos será imposible puesto que tenemos a nuestra disposición todo el poder de Dios que nada nos negará. Para éso hemos sido creados; ése es nuestro eterno fin.

Pero por un misterio que ahora se oculta a nuestros ojos, Dios necesitaba de nuestros méritos, los cuales ciertamente no tendrían ningún valor si no estuviéramos incorporados a Cristo; pero al pertenecer al Cuerpo de Cristo reciben de El todo el valor.

Teniendo esto en cuenta hemos de pensar que a este mundo no vinimos a pasarlo bien; porque cuando Dios quiera que lo pasemos bien ya nos llevará al cielo.

A este mundo sólo hemos venido a *merecer*; y solamente podremos merecer estando incorporados a Cristo y haciendo su voluntad.

La voluntad de Dios

Y ¿cuál es su voluntad?

«*Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas*» (Mt.22; Mc.12). Amar a Dios es obedecerle; por eso, «*el que guarda sus mandamientos es el que le ama*» (Jn.14,15-21; 15,10).

Toda la santidad se reduce al *amor a Dios*. El más santo es sencillamente el que ama más.

Y ¿quién es el que ama más?

Escuchemos a Jesús: «*Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por el amigo*» (Jn.15,13). Este es el colmo del amor.

Pero muchas veces nos equivocamos pensando que la vida por Dios solamente se da con el martirio.

Cierto que los mártires dieron su vida por Dios. Pero también se la da aquel que se le consagra en cuerpo y alma como lo hizo la Santísima Virgen al ofrecerse como esclava.

Cuando le decimos como San Agustín: «Mándame lo que quieras con tal que me ayudes a hacer lo que me mandas». O con Santa Bernardita: «Ayúdame a hacer tu voluntad y crucifícame si quieres», nos estamos consagrando a El como siervos dispuestos a hacer con su ayuda todo cuanto quiera de nosotros... ¡Y eso ya es darle nuestra vida! ¡Eso es el colmo del amor!

Resumen final

Amado lector: Quiero terminar ya pensando habrás comprendido lo que he querido que entiendas: que a este mundo no hemos venido a pasarlo bien; para ser felices y pasarlo bien nos está esperando el cielo.

A este mundo hemos venido a *merecer*, y sólo se merece amando con el ejercicio de la paciencia y el sufrimiento.

La oración y la penitencia no son la santidad; pero es el único camino para alcanzarla.

Guárdate de los seudoteólogos que te digan lo contrario, no importa su categoría. Al que quiera enseñarnos que podemos llegarnos a Dios por otro camino que el de la oración y la penitencia no abremos de creerles aunque se trate de obispos y aunque hagan milagros, como nos dice San Juan de la Cruz: «Si alguno le persuadiere, sea o no prelado, doctrina de anchura y más alivio, no la crea ni abraza, aunque se la confirme con milagros...».

Así mismo lo dice también San Pablo: «*Aun cuando nosotros mismos, o un ángel del cielo, os predique un Evangelio diferente del que nosotros os hemos ya anunciado, sea anatema*» (Gal.1,8).

Y ¿cuál es el verdadero Evangelio?

¿Quieres saber cual es el texto que resume en dos palabras todas las enseñanzas de Jesús?

«Vigilad y orad para que no caigáis en la tentación (Mt.26,41). «El que quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, cargue con la cruz y sígame» (Mt.16,24). Este es el secreto del éxito: La penitencia y la oración.

INDICE

INTRODUCCION	3
 I. LA PENITENCIA ES NECESARIA	
Necesidad de la mortificación	6
Errores contra la penitencia	7
Jesús hizo y mandó la penitencia	9
La penitencia de los Santos	11
El Concilio Vaticano II	14
Un medio para la unión con Dios	14
Por qué no hace Dios la unión	15
 II. NECESIDAD DE LA ORACION	
Almas de oración	19
Jesús y los apóstoles	20
La oración es lo grande	22
Perseverar en la oración	24
Une con Dios y le trata	26
No dejarla por nada del mundo	27
El poder de la oración	28
Dios corresponde según la felicidad de cada uno	30
	43

NOTA DEL EDITOR	33
Los Santos no fueron felices en este mundo .	33
Dios nos creó para la felicidad	36
Esta vida es una lucha	37
La felicidad sólo está en el Cielo	38
La voluntad de Dios	39
Resumen final	40

PRINCIPALES OBRAS DE «UN CARMELITA DESCALZO»

La Gracia Deifica el Alma.—Es un libro lleno de luz nueva y soñadora, de horizontes ilimitados en una vida de ventura y de cielo, escrito en muy agradable lenguaje al alcance de todos sobre los temas más interesantes para todos. Aquí se expone la grandeza y hermosura de la gracia en sí misma y los efectos divinos que produce en el alma que la vive. Todos soñamos ilusiones y ansiamos grandeza de dicha y de contento. La gracia es superior a toda grandeza y de mayor hermosura que todos los sueños e ilusiones. Se explica cómo Dios diviniza al hombre con su amor y con su gracia. Dios ha creado al hombre para lo más grande y más noble: para compartir con él su divinidad, para hacerle participante de su misma naturaleza divina y de sus perfecciones inefables y de hecho se las comunica por la gracia. Este es sin duda el libro de las maravillas de Dios con los hombres.

Dios en mí.—Con hermosísimo lenguaje y claridad, hace resaltar las perfecciones de Dios y su hermosura y bondad, viviendo en el alma y dándola la vida natural y la santidad, íntima. Dios como que hace del alma cielo. Es un libro optimista y alentador para la oración y para la amorosa y gratísima presencia de Dios. Asequible a todos los entendimientos, nada más íntimo y gozo que *Dios en mí* y para mí. Son 800 páginas de delicia y de amor.

Yo en Dios o El Cielo.—Todos deseamos y soñamos vivir la dicha y la felicidad. Sólo en el cielo se podrá vivir. En este libro se describe. Qué es Dios, infinitamente feliz y hermoso, y cómo se comunica su felicidad y hermosura en el cielo. El alma, hecha Dios por participación y comunicación de Dios, recibe la felicidad, la sabiduría, el poder, todas las perfecciones, en Dios. Cómo es feliz en todo bien y perfección; cómo vive en Dios y en la intimidad con los Angeles y con todos los Bienaventurados. Es un libro de encanto y delicia, produce gozo inefable. Se leen las 700 páginas con más interés que las novelas o cuentos.

Al encuentro de Dios.—Los Santos buscaron a Dios y le encontraron y le vivieron en la tierra y le desearon y viven ahora gloriosos en gloria en el cielo. No fueron tristes los Santos. Cuando vivieron a Dios, en la tierra encontraron el gozo más delicado. De este gozo decía Santa Teresa de Jesús: «Un solo momento, no se compra con todos los bienes de la tierra y hace gozar más que todos y que todas las compañías». Dios se comunica maravillosamente al alma que le busca. Son 360 páginas que se leen con deleite y ponen grandísimo ánimo para encontrar a Dios.

Con Dios a solas.—Es el libro en que buscan consuelo y esfuerzo las almas deseosas de ser espirituales y tratar de amor con Dios y crecer en su amor. ¿Qué gozo puede compararse con el gozo de vivir en amor con Dios? ¿Quién puede enseñar y comunicar las virtudes, y el apostolado como el mismo Dios? Y Dios se lo comunica al alma por sí mismo como Padre amoroso e íntimo amante enamorado. Te animarás en sus 700 páginas a ser todo de Dios y celoso apóstol de Dios en contemplación o en apostolado activo. Procurarás ser santo y hacer santos a los demás con la oración y sacrificio y con la palabra y ejemplo.

Alegría de morir.—El alma sabe por la fe que Dios es la felicidad y la comunica ya gloriosa en el cielo. Pero cuesta morir. Se teme la muerte. En este libro se presenta la muerte con la atracción y gozo encantador que en sí tiene. Se dejan las tristezas para entrar en la claridad de Dios. La alegría de la muerte se ve y enseña a entender los brazos hacia ella y exclamar: «¡Oh muerte bendita! Mi alma te desea. Llévame al gozo infinito de Dios. Llévame a la felicidad y a la dicha». Desearás la muerte. Son casi 600 páginas de lectura deleitosa. Es como el himno jubiloso en esperanza y deseo.

Mis conversaciones.—Escrito en forma de diálogo, muy amenable, para enseñar prácticamente, con comparaciones, a vencer las dificultades de la oración mental y permanecer en la oración de fe. ¿Qué es la oración de fe? Lee *Mis conversaciones* y sentirás un pequeño contento al darte cuenta cómo se tiene y se permanece en ella, y cómo santifica. Comparaciones muy prácticas te lo mostrarán al mismo tiempo que te deleitarán con su encanto. Termina sus 270 páginas con el himno gozoso a Dios, infinito amor, en prosa muy regalada y poesía encantadora a Dios, con quien el alma está y trata.

Mi despedida.—¿Cómo hará el alma la mejor y más agradable alabanza a Dios? En este muy ameno y animado libro se expone y cómo alaban los Angeles y los Bienaventurados a Dios con la alabanza suprema del mismo Dios y en el mismo Dios. Y cómo debe el alma alabarle con su misma alabanza divina. Son 260 páginas de encanto y de belleza, de poesía y fervor. El alma se ve y se siente llena de dios. Su lectura te enseñará a alabar a Dios con Dios mismo, con Jesús y la Virgen y con sus Angeles, como con alabanza del mismo cielo. Tiene varias poesías muy hermosas a Dios y a su llamada y a su vida en el alma.

¿Cómo tendré yo oración?.—Es la pregunta que se hacen todas las almas buenas que desean tener oración mental. En este librito muy pequeño, de bolsillo, y de 100 páginas, se expone el método para enseñar a tener oración. Es sumamente práctico y muchas almas se han servido y sirven de él para aprender a tener oración mental. Su adquisición ha sido muchas veces por cientos, para repartir especialmente en días de ejercicios.

Oración mental según Santa Teresa.—¿Cómo hacía oración Santa Teresa? En este pequeño libro, prescindiendo del método didáctico del anterior, se expone cómo hacía Santa Teresa la oración, extractado de sus

escritos y casi todo con sus mismas palabras. Mucho simplificaba Santa Teresa la oración. La reducía y expresaba en un tratar de amor con Dios y en un mirar que le mira Dios y quedarse con la mirada interior fija en Dios. Son 220 páginas con hermosa presentación.

Tertulia sobre la oración.—Como ordinariamente se hace a casi todos muy difícil tener oración mental, y más cuando se queda en fe oscura, aquí se expone, en una conversación entre amigos, cómo se tiene esta oración y este trato con Dios enseñándolo por la comparación de la radio y de la televisión. Son 140 páginas muy amenas y muy instructivas y alentadoras.

Días de intimidad con Dios.—Son 18 pláticas-meditación cada una para los días de ejercicios que hacen las religiosas. Muchas leen estas pláticas los días en que hacen el retiro, en lugar de llamar a un sacerdote para que se las predique. Tratan: el tomo primero, de las virtudes. El segundo, todas sobre Dios en su amor y en sus perfecciones para con el alma, y el tercero, de Jesucristo en Sí y de su vida con el alma religiosa. Cada uno tiene casi 500 páginas, todas ellas muy fervorosas, prácticas e inspiran confianza.

El Concilio Vaticano II y la vida espiritual.—Recoge en sus 110 páginas la doctrina espiritual del Concilio, confirmada con la doctrina de San Pablo. Es muy importante en su brevedad y fervorosa claridad, para no extraviarse con doctrinas erróneas que se han extendido como del Concilio, pero la doctrina del Concilio es muy hermosa y expresa la palabra de Dios en la Biblia y aquí resumido se expone.

Isabel la Católica, sierva de Dios.—Mucho se ha escrito de Isabel la Católica como gran mujer y grande reina. Esta vida prescinde de todo lo relacionado con la política y presenta su espíritu para con Dios. Lo que fue y llegó a ser su alma. Lo que hizo para renovar el espíritu en la sociedad y en las mismas Ordenes religiosas. Y su influjo y ejemplo para la religiosidad y santidad que tanto brilló en España en todo el siglo XV, siglo de oro para España en virtud, en literatura y aun en poder.

Vida de la hermana Mariana de los Angeles.—Breve vida de 200 páginas de esta joven Carmelita Descalza, pero vida no sólo edificante, sino heroica en las virtudes y en el extraordinario vencimiento con que superó sus fuertes pruebas interiores de sequedad y oscuridad. Hija de noble familia, de los Lozoyas de Segovia y Hierro de Toledo, de carácter muy vivo y comunicativo, entró Carmelita en Madrid, se dio muy de lleno a Dios y murió muy joven en Borneo, donde fue siguiendo el llamamiento de Dios a fundar allí el primer convento de Carmelitas Descalzas. Vida muy instructiva sobre todo para las almas contemplativas y probadas por Dios hasta llegar a la íntima unión del amor con Dios.

La inhabilitación de Dios en el alma justa.—Un opúsculo en el que con gran espíritu y fervor se expone qué es y en qué consiste esta inhabilitación de Dios en el alma y lo que Dios hace en la tal alma. Obra misteriosa de divino amor y muchas veces muy regalado.

Libro de la institución de los primeros monjes.—Prescinde de toda discusión histórica y traduce sencillamente su texto del latín poniendo al al-

cance de todos su doctrina, que es admirable, y tanto influyó en los Santos Reformadores de los Carmelitas, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Son 140 páginas.

El espíritu del terciario.—Libro muy breve de tamaño de bolsillo en 120 páginas, en el que se expone el espíritu del terciario carmelita seglar. Los maestros de novicios de los terciarios lo usan con mucho gusto y regalan a los novicios, para imponerlos en la vida y espíritu que han de tener.

Novena a San Juan de la Cruz.—Es una novena con lectura-meditación cada día para hacerla con mayor solemnidad y más íntima devoción. Se expone la doctrina y espíritu del Santo y se ameniza con ejemplos de su vida, lo que ayuda para entender mejor su doctrina a muchos, no acostumbrados a leerle, se le hace algo difícil.

Pedidos al APOSTOLADO MARIANO. C/ Recaredo, 34 - Sevilla-3.